

El Comercio

EDITORIAL

“En cuanto a Azángaro y sus ‘sucursales’ en Lima es evidente lo que debe hacerse. Pocos son los cabecillas capturados mientras que las campañas de inspección son flor de un día. Así, los falsificadores siguen riéndose del Gobierno, del Poder Judicial, la Fiscalía de la Nación, la PNP, municipalidades, Indecopi, Sunat, los Registros Públicos y los notarios. Esto no puede continuar”. EDITORIAL DEL COMERCIO / 26 DE FEBRERO DEL 2007

¡No más falsificaciones impunes!

¿Será esta vez la vencida? Saludamos el lanzamiento de la campaña contra la falsificación de documentos, impulsada por la Presidencia del Consejo de Ministros y el Colegio de Notarios, que debe verse como un esfuerzo extremo para enfrentar una lacra tan arraigada como perniciosa para la seguridad jurídica del país. Hay que terminar con esta ‘subcultura de Azángaro’, de la estafa y del criollismo mal entendido.

En términos monetarios, se indica que el Perú pierde anualmente más de 120 millones de dólares a causa de estas mafias, dedicadas a falsificar documentos para originar escandalosos fraudes bancarios, robo de propiedades y toda suerte de latrocinios.

En todo esto, el jirón Azángaro se ha convertido, a pesar de las múltiples operaciones que han sido flor de un día, en el símbolo de la falsificación. Allí, por unos cuantos soles, cualquiera puede obtener todo falso, desde títulos, DNI y certificados para casarse o documentos para convertirse en propietario de bienes ajenos, lo cual es una burla intolerable a la buena fe y al Estado de derecho.

Para ello, hay que actuar en varios niveles. Para empezar, desde el aspecto policial y punitivo tiene que desbaratarse las mafias de Azángaro, lo que implica denunciarpenalmentey mandarla cárcel a sus cabecillas y operadores. El Poder Judicial tiene aquí una gran

responsabilidad, pues existen casos en que los cabecillas de estas mafias han sido detenidos hasta siete veces, pero sospechosamente no duraron más de dos meses en la cárcel, a pesar de su reincidencia.

Pero, las cosas no pueden acabar allí: con el mismo énfasis, debe incidirse en cambios legislativos, pero también en la responsabilidad de quienes solicitan documentos falsos, y se hacen cómplices de estos gravísimos delitos. Mientras siga existiendo la demanda por documentos falsos, no se podrá acabar con estas mafias. Hace falta una campaña educativa de gran alcance para construir una nueva cultura ética de confianza y respeto a la ley y la propiedad.

Esta campaña es promovida por la PCM, es decir involucra al Ejecutivo al más alto nivel, lo que es destacable y esperanzador. Igualmente, participan la Policía Nacional, el Reniec, Asbanc, la Superintendencia de Registros Públicos, el Indecopi y la ONPE, con lo mejor de sus cuadros, tecnología y logística.

Desde **El Comercio** siempre hemos denunciado con firmeza la piratería y la ilegalidad. Esperamos que esta campaña rinda frutos y pronto, para lo cual sería importante que se informe periódicamente a la ciudadanía de sus avances, en cuanto a operaciones, modalidad y mafias desbaratadas. El país no puede convivir más con esta lacra. ■■

¿Quién termina con el caos en la Carretera Central?

A pesar de que en junio pasado se puso en marcha el Plan Invierno 2007, los miles de limeños que cada fin de semana salen de la ciudad en busca del sol de Chacabayo y Chosica siguen sufriendo el terrible cuello de botella que se forma entre el final de la autopista Ramiro Prialé y la Carretera Central.

Las decenas de policías que tratan infructuosamente de agilizar el tráfico ven impotentes cómo los 500 metros de pista de la estrecha avenida Las Torres, que desemboca en la Carretera Central, son intransitables. Ello por el estado calamitoso del tramo lleno de huecos y por el caos del comercio informales, que da lugar a una insostenible congestión vehicular.

La Municipalidad de Lima, encargada del cobro de peaje de la autopista Ramiro Prialé, no puede seguir indiferente y debe reinvertir parte de este dinero en reparar la citada vía de enlace. Es inaceptable que, existiendo recursos, se tenga abandonado este importante tramo.

El asunto es, pues, urgente, mientras esperamos que se culmine la tan ansiada prolongación de la Ramiro Prialé hasta Ricardo Palma, que tampoco puede postergarse más. ■■

PIEDRA DE TOQUE

José María y la solitaria

Mario Vargas Llosa
Escritor



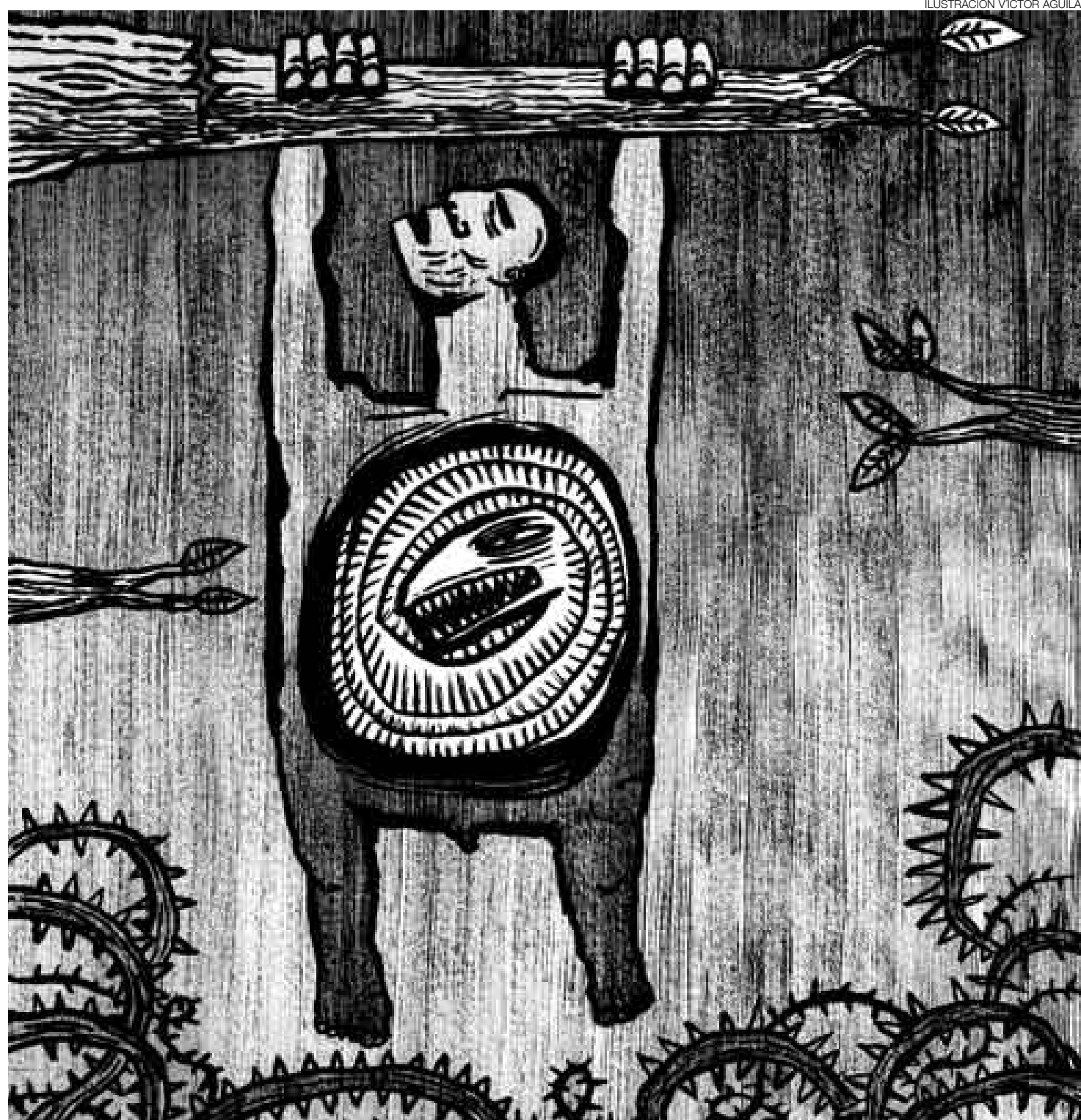
© MARIO VARGAS LLOSA, 2007.
© DIARIO “EL PAÍS”, SL/MARIO VARGAS LLOSA. PRISACOM.
EXCLUSIVO PARA EL DIARIO EL COMERCIO EN EL PERÚ.

La noche que lo conocí, uno de los últimos días de 1958, en un puente de París, como me oyó decir que aún no había cambiado dinero, me prestó un billete de mil francos (de los antiguos). Después supe que era todo lo que tenía y que, por ese préstamo, había tenido que irse andando desde el Barrio Latino hasta su chambre de bonne, en Clichy. Se llamaba José María, era leonés, de familia campesina, había estudiado derecho en Salamanca, pero no alentaba la menor intención de practicar la abogacía porque quería ser pintor.

Nos hicimos muy amigos y todo el tiempo que vivió en Francia nos vimos casi a diario, aunque fuera un momento, para pasar revista a los acontecimientos del día, tomando un café. Era generoso, limpio de espíritu, noble, terco, leal y de una franqueza que se parecía a la brutalidad. Yo me burlaba de él citándole a Vallejo: “Español de puro bestia”. Entre tanta gente que me ha tocado conocer, nunca me topé con nadie que fuera tan naturalmente íntegro como José María, tan transparente, tan impráctico, tan sin dobleces y, por eso mismo, condenado a romperse la crisma en todas las empresas en que se embarcó.

Dibujaba con mucha soltura y tenía un olfato infalible para discriminar entre la belleza y la fealdad. Ir con él al Louvre o a cualquier exposición era un placer, porque su buen ojo, su sensibilidad y sus observaciones enriquecían (y a menudo fulminaban) aquello que veíamos. Tenía una predisposición irresistible hacia el realismo, algo que, en el París de las vanguardias, experimentos y estridencias plásticas de los sesenta, hacían de él un pintor antediluviano. Como era incapaz de renunciar a su inclinación natural por la figuración para ponerse a la moda —a las payasadas— de los tiempos, renunció más bien a la pintura y optó por el cine.

¿Cómo hacía para sobrevivir? Debía de pasarla muy mal con aquellos miserables trabajos que a veces conseguía, pero era imposible saberlo, porque con su frugalidad, su estoicismo y su orgullo jamás pedía ayuda ni dejaba traslucir la menor necesidad. Para colmo de males, prohibió una solitaria. El maldito bicho aposentado en sus entrañas le envenenaba la vida y lo ponía ojeroso y esquelético por largos períodos. Un día, almorzando en el Café des Artistes, en Montparnasse, me dijo: “Nosotros vamos al cine, a los museos, conversamos y discutimos y tú crees que yo estoy haciendo



“José María estaba hecho de una manera que de entrada lo ponía fuera de toda competencia en la que la disimulación, la apariencia, la representación prevalecieran sobre las convicciones o los principios. Eso hacía de él un fracasado irremediable, pese a su talento, coherencia y honestidad”

esas cosas como las haces tú. Te equivocas: yo tengo la sensación de que hago todo lo que hago no para mí, sino para mi solitaria. Ni un instante me olvido de ella. Soy su esclavo”. Es una frase que nunca he olvidado porque esa alegoría de la solitaria es la mejor manera posible de definir la vocación de un escritor. Nunca aceptó que yo o cualquiera de sus amigos lo acompañáramos el día que, después de embutirse una poción vomitable, expulsaba la solitaria. Se encerraba solo, en su chambre de bonne, a pujar como una parturienta, y emergía del trance uno o dos días después, risueño y lívido: “Ya la liquide”.

Probablemente el cine sea el quehacer más difícil donde abrirse un camino para alguien que, como José María, tenía una imposibilidad ontológica para pro-

moverse a sí mismo, vender un proyecto, conseguir los apoyos indispensables para realizar una película. No sabía ni quería hacer esas cosas —halagar, seducir, encandilar— que, desde que el mundo es mundo, además del talento, y a veces sin él, se requieren para triunfar. Porque tampoco le interesaba triunfar. Hacer cosas bellas y originales, sí, pero por el placer de hacerlas. Lo demás —dinero, publicidad, fama, premios— le parecía prescindible. Un par de veces me tocó asistir a sus negociaciones con productores y, las dos, me quedé helado oyéndolo explicarles a estos, con sinceridad suicida, los riesgos que corrían aventurándose a producir la película que quería venderles. Siendo como era, fue un milagro que consiguiera dirigir dos películas y una serial televisiva.

La primera, una adaptación de mi novela “Pantaleón y las visitadoras”, la codirigió conmigo, uno de los absurdos de que está hecho el cine, pues el dueño de la Paramount, Charlie Bludhorn, exigió que fuera el director yo, que no había visto una cámara en mi vida, ni había puesto los pies en un rodaje y sabía tanto de filmaciones como de chino mandarín. Pero José María se empeñó en que me embarcara en ese disparate para que se hiciera la película. Se hizo y así salió. Pero la película que él dirigió solo, unos años después, “¡Viva Azaña!”, fue una delicada y hermosa historia que debió de tener éxito y, acaso todavía más, su adaptación a la televisión de “El obispo leproso”, que también pasó, por esas injusticias que a José María lo persiguieron como su sombra, sin pe-

na ni gloria. La única vez que lo oí quejarse fue en relación con aquella serial con la que había soñado toda la vida, por lo mucho que le gustaba la novela de Gabriel Miró: “¿Sabes cuántas críticas aparecieron en la prensa sobre ‘El obispo leproso’? Ni una sola”.

En los últimos años nos vimos muy poco, por la endemoniada vida que llevo, en la que nunca puedo hacer ni la décima parte de cosas que quisiera hacer. Aparecía en mis presentaciones de libros o conferencias y, aunque charláramos solo un ratito, era suficiente para saber que ni la distancia ni los años habían enfriado la vieja fraternidad. Hace unos años almorzamos en una tasca de Madrid. A mis preguntas sobre cómo le iba, solía responder: “Me va bien”. Pero aquella vez fue algo más explícito y me

dijo que, después de un período difícil, había conseguido, gracias a un amigo generoso, que le pasara unos guiones para remendar. ¡Y solo le cobraba el cincuenta por ciento de comisión!

Cuando dimos en Madrid en Aitana Sánchez Gijón “La verdad de las mentiras” lo llamé varias veces, para invitarlo, porque imaginé que le divertiría verme en un escenario contando cuentos. Pero su teléfono nunca contestaba y una amiga común, que solía darme sus mensajes, tampoco tenía noticias de su paradero.

Hace algunas semanas, en una de esas presentaciones de libros a la que no pude dejar de asistir, en medio del vértigo, se me acercó una persona a la que reconocí, aunque no sabía ni cuándo ni dónde nos habían presentado. “Nos conocimos por José María”, me recordó. “Lo he estado buscando, pero en su casa nadie responde el teléfono. ¿Se ha mudado?”

No. Lo habían echado de ese piso en el que había vivido treinta o acaso cuarenta años porque no había podido pagar ya el alquiler. Fue a refugiarse a su pueblo leonés. Ya no le quedaba nadie, su madre había fallecido y su hermano estaba en un hospicio. Estuvo viviendo allí, solo, en una casita descalabrada y con goteras. Se sentía enfermo hacía meses pero, como no estaba al día en sus obligaciones, la Seguridad Social lo había dado de baja y carecía de medios para ir donde un médico particular. Al final, le mandaron un pasaje para la Argentina, donde vivían su esposa y una hijastra, que es médico. Llegó allí solo para enterarse de que estaba traspasado por el cáncer y morir.

José María y yo solíamos discutir mucho, en París, en torno a las ideas de Sartre sobre la responsabilidad que los seres humanos tienen sobre sus destinos, una tesis que ejemplificó en su ensayo sobre Baudelaire. Según él, todo destino se elige, por comisión u omisión, y por eso nadie tiene derecho a quejarse, a sentirse solo víctima. Aun en las peores circunstancias, es posible elegir. Por eso tenemos derecho a sentirnos libres. Yo le creía, pero José María dudaba. Él tenía razón, desde luego. Para ciertas personas, infrecuentes, es verdad, las elecciones se reducen a lo mínimo y aun se evaporan, ya que sus valores, creencias o pulsiones profundas eliminan de sus vidas multitud de opciones que, a otros, les abren las oportunidades, el reconocimiento o el éxito. José María estaba hecho de una manera que de entrada lo ponía fuera de toda competencia en la que la disimulación, la apariencia, la representación prevalecieran sobre las convicciones o los principios. Eso hacía de él un fracasado irremediable, pese a su talento, coherencia y honestidad. No se puede ser un puro en un mundo de impuros ni ganar guerras renunciando a matar. Él creía que le había ganado la batalla a la inmunda solitaria. Pero ella estuvo siempre en sus entrañas, quietecita e incansable, socavando su vida. Y al final lo derrotó. Descansa, amigo. ■■

NEW YORK, OCTUBRE DEL 2007.